

**Cátedra Mariátegui. Lima, Año III, No. 13, julio - agosto 2013**

**MANUEL MORENO JIMENO Y JOSÉ MARÍA ARGUEDAS:  
FUEGO HUMANO LÍMPIDO, SAGRADO**

**Roland FORGUES**

A la memoria del Doctor Jorge Puccinelli, entrañable amigo como lo fue Manuel Moreno Jimeno, quien estuvo siempre a mi lado en mis trabajos de investigación sobre Arguedas y el Perú.

*Si on me presse de dire pourquoi je l'aimais, je sens que cela ne se peut exprimer qu'en répondant : « Parce que c'était lui, parce que c'était moi ». Michel de Montaigne*

En este año del 2013 en que se cumple el centésimo aniversario del nacimiento del exquisito y discreto poeta Manuel Moreno Jimeno, el 7 de mayo de 1913<sup>1</sup> en las huertas de Lima, quisiera referirme a la relación fraterna que lo unió a José María Arguedas, nacido el 18 de enero de 1911 en el pueblo andino de Andahuaylas. Pues, desde que se conocieron en la Universidad de San Marcos en Lima en los años treinta hasta el suicidio de Arguedas en 1969, ambos escritores mantuvieron una linda e indefectible amistad; lo demuestra con creces la nutrida correspondencia que intercambiaron durante ese largo periodo de su existencia y que es probablemente una de las claves secretas de la dedicación de Arguedas a la creación literaria y antropológica.

Buena prueba de lo afirmado aquí son las primeras cartas que José María Arguedas le envió a Manuel Moreno Jimeno en el momento en que estaba escribiendo *Yawar fiesta*, su primera novela, y donde le comunicaba sus dudas e incertidumbres pidiéndole su opinión sobre distintos aspectos del texto.

"Esperaré con ansiedad tu respuesta, escribe Arguedas en una carta de setiembre de 1940 que acompaña los primeros nueve capítulos de la novela, pues acaso tu opinión es la que más estimo de todas. Me dirás con la pureza que hay entre nosotros el concepto que te formas sobre los originales".<sup>2</sup>

Esta relación fraterna fue probablemente uno de los resortes creativos ocultos de Arguedas quien encontró en su amigo la fuerza de superar una neurosis infantil que por momentos lo dejaba totalmente exhausto y lo llevó varias veces al borde del suicidio hasta el gesto fatal de 1969.

Por ello me parece justo asociar a la figura de Arguedas que se ha convertido en un verdadero mito redentor para los peruanos, la de Moreno Jimeno el poeta de la luz liberadora; dos intelectuales que levantaron alto el estandarte de la belleza, del compromiso, de la ética y de lo humano, como el símbolo de la unión sagrada entre la Sierra y la Costa, lo blanco, lo negro y lo indio, y todas las sangres del Perú.

Considerando lo trascendente de su obra literaria, no hay mejor ejemplo para mí del arte visto como "anti destino", según proclamaba orgullosamente el escritor francés André Malraux.

<sup>1</sup> Fallecido el 5 de abril de 1993.

<sup>2</sup> Roland Forgues. *La letra inmortal. Correspondencia de José María Arguedas con Manuel Moreno Jimeno*. Ed. de los Ríos Profundos, Lima, 1993, p.88.

El grado de afecto y amistad que unió a José María Arguedas con Manuel Moreno Jimeno no tiene par en el mundo sino en los sentimientos que unieron en el siglo XVI a nuestro filósofo humanista Michel de Montaigne con Antoine de La Boétie.

“Si se me obliga a decir por qué lo quería –confiaba Montaigne al hablar de su amigo–, siento que esto no puede expresarse sino respondiendo: ‘Porque era él, porque era yo’. Hay más allá de mi discurso y de todo aquello que puedo decir en especial, no sé qué fuerza inexplicable y fatal, mediadora de esa unión”. “Nos buscábamos antes de habernos visto”, proseguía Montaigne, antes de concluir: “No es una consideración especial, ni dos, ni tres, ni cuatro, ni mil: es no sé qué quintaesencia de esa mezcla lo que, habiéndose apoderado de mi voluntad, me llevó a hundirme y perderme en la suya; lo que habiéndose apoderado de su voluntad lo llevó a hundirse y perderse en la mía, con un hambre, una competencia igual”. “Digo perder –insistía Montaigne–, de verdad, no guardando nada que nos fuera propio, ni fuera o suyo, o mío”.

Pues, como Montaigne y La Boétie, fueron Arguedas y Moreno Jimeno animados de los mismos sentimientos de amor, fraternidad, solidaridad y entrega de sí, esos generosos sentimientos que constituyen lo mejor de aquello que el filósofo francés precisamente llamaba “el trato de los hombres”, y que el individualismo furioso de nuestra época globalizada y materialista tiende cada día más a desaparecer.

“Celebraré un alma –decía aun Montaigne– en varios niveles que sepa tender la mano y alterarse, que esté bien en todos los lugares adonde su suerte la lleva, que pueda conversar con su vecino, de su casa, de su coto y de su querella, entretener con gusto a un carpintero y a un jardinero”.

A pesar de los avatares de una época materialista, dura y conflictiva, y de una vida tormentosa y difícil, la amistad entre Manuel Moreno Jimeno y José María Arguedas se matuvo firme. Pues ambos amigos nunca permitieron que los celos tan frecuentes en los medios intelectuales vinieran a enturbiar una relación sagrada que parecía surgir de los mismos orígenes del tiempo.

En una carta con fecha del 21 de noviembre de 1938, José María Arguedas le escribe a Manuel Moreno Jimeno estas luminosas palabras:

“Perdóname primero por no haber sabido calcular bien tu sensibilidad y la luz de tu alma. Desde aquel paseo que hicimos por Jauja yo te sabía el hombre más bueno y delicado de espíritu que he conocido, y desde entonces tú has sido lo mejor de lo mejor de mi fortuna, de mi optimismo y de mi esperanza. Pero es mucho más de lo que sabía y de lo que sentía”.<sup>3</sup>

*Fortuna, optimismo, esperanza*, tres palabras que ya no tendrán sentido en la vida y en la obra de Arguedas cuando circunstancias adversas separen a los dos amigos y empiecen a resquebrajar la profunda y hermosa comunión de sus almas a las que se refiere Arguedas en esta carta que corresponde probablemente a la época más feliz de su vida al lado de una esposa, afectuosamente llamada *La Ratona*, que le sirve de madre y a la que hasta el final considerará a pesar del divorcio “la carne de su corazón”.

En otra carta sin fecha pero probablemente de agosto de 1939 Arguedas no puede esconder su emoción y admiración:

---

<sup>3</sup> *La letra inmortal*, p. 57

"Hoy que había resuelto escribirte, recibí tu carta. La hemos leído con verdadera emoción. ¡Qué amistad tan pura y noble hay entre nosotros, que profunda y hermosa comunión de nuestras almas! Cuando preparaba mi charla en la Universidad el Cuzco y pensaba en lo que tenía que decir de ti, hablaba a solas y me emocionaba de una manera terrible. Llegada la hora apenas leí lo que había escrito, me era difícil hablar; y sin embargo todos me dijeron que lo que más les había gustado fue la parte en que ne ocupé de *Los malditos*, especialmente entre los muchachos".<sup>4</sup>

En una de las últimas cartas que le dirigiera a Manuel Moreno Jimeno en noviembre de 1968, cuando estaba pasando por uno de sus momentos de crisis psíquica más agudo y crítico, cuando en su desgarradora soledad estaba anhelando la muerte, José María Arguedas le decía: "Tú me has escrito con una oportunidad que quisiera llamar providencial, como suelen hacer ciertos hermanos", y agregaba: "tú sabes que nosotros nacimos juntos, como hermanos gemelos".

En la última misiva de setiembre de 1969, a los pocos días de su suicidio, Arguedas se despidió de Moreno Jimeno con las palabras más naturales, sinceras y justas que se pueden encontrar en semejante caso para, sabiendo la pena que le provocaría al entrañable amigo –residente en aquella época en Venezuela– la noticia de la muerte, tratar de suavizarla. Le decía: "Te recuerdo siempre y en los momentos más difíciles. Me das aliento y esperanza", renovándole la expresión de su profundo afecto y admiración con incomparable pudor: "No eres un 'exiliado' sino un peruano que ilumina".

¡Qué lejos estamos de las cartas que no vacilaría, personalmente, en calificar de "oficiales" o "formales" que llenaron la primera plana de las gacetas y periódicos al día siguiente del trágico suceso, y después! Esas cartas de las que probablemente José María Arguedas intuía al escribirlas que serían entregadas pronto a la opinión pública a imagen y semejanza de los diarios de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, donde elocuentemente no figura ni una sola vez el nombre de Manuel Moreno Jimeno como para preservar celosa e inconscientemente una amistad que José María Arguedas consideró siempre distinta, plena y única, a pesar de los altibajos de los que se vio afectada en ciertos momentos por intervenciones ajenas.

Pues, como suele ocurrir en todos los tiempos y en todas las latitudes, siendo "la envidia una dama muy coqueta por la que no pocos se dejan seducir", como me escribió alguna vez mi amigo psiconalista Max Silva Tiesta, no faltaron quienes, celosos de una relación tan íntima y fraterna, trataron de enturbiarla. Pero la amistad prevaleció y se fortaleció. Ahora, dirá Arguedas, en su carta de noviembre de 1938, tras el fracaso de una de esas primeras tentativas, "nos acompañamos mejor, mientras seguimos cumpliendo nuestro deber en el mundo".

A su vez, en una carta de enero de 1966, escrita desde la ciudad venezolana de Barquisimeto, en el momento en que la vida privada y sentimental de Arguedas estaba vacilando con la separación de su esposa Celia Bustamante, y tomando dificultosamente un nuevo rumbo con la presencia a su lado de Sybila Arredondo, un momento en el que pareciera que se operara un doloroso distanciamiento con el amigo de siempre, Moreno Jimeno le envió estas patéticas palabras:

"Van aquí los textos de dos amigos que te aprecian y quieren mucho. Al llegar a mi hogar te recordaron fervorosamente porque sabían de la hermandad de espíritu tan honda y pura que nos unió tantos años. Sé que eres capaz de imaginar lo que me duele tu distanciamiento de mí de estos años últimos, tu frialdad y hasta tu rechazo manifiesto de nuestra amistad que fue fraterna de

---

<sup>4</sup> *La letra inmortal*, p.59

verdad, incomparable. Te quise como a un hermano mío, entrañable, sin cálculo sórdido ni mezquina oportunidad. Fuego humano límpido, sagrado, nos abrasaba por igual, nos unía indestructiblemente. Pero algo empezó a ocurrir en ti que te iba desfigurando; tu propio rostro profundo, tu perfil espiritual extrañamente cambió. Lo digo todo referido al vínculo que nos hizo caminar juntos en la vida sintiendo la protección de nuestras luces”.

Y en junio de 1966, todavía no recuperado de su primera tentativa de suicidio, es a su amigo de siempre al que Arguedas se dirigirá para confiarle su angustia y su esperanza preguntándole, primero:

“¿De dónde salió eso que te diste cuenta que empezaba a dejar de quererte? ¿Por qué podía ser? Alguna vez hablaremos de cuanto me ocurrió. Cuando desperté en el hospital recordé a los maravillosos amigos que hicieron de nosotros lo que somos, porque fue en gran parte gracias a ellos que nos desarrollamos y cumplimos”

Antes de reiterarle con la ternura de un hermano su indefectible lealtad:

“Te escribo primero a ti que eres mi hermano y que jamás dejaste de ser mi hermano; el mismo de *Así bajaron los perros* y de la gran insignia de piedra que construimos en una montaña de Llocllapampa. El mismo en cuanto a amor hacia ti y los tuyos y lo tuyo”.

“El mismo de *Así bajaron los perros*”, dice Arguedas. Estas palabras son una manera de recordar a través de la evocación del primer poemario de Moreno Jimeno de 1934, donde conviven el modernismo azul de Rubén Darío y su fino esteticismo, el surrealismo de Breton y su afán de “abolición de la muerte”, el humanismo combativo de Vallejo y su deificación del hombre; una manera de recordar, digo, la larga trayectoria que ambos escritores realizaron juntos desde que se conocieron y compartieron una pasión común por la creación literaria, concebida desde el inicio, en la línea de los mencionados predecesores y de José Carlos Mariátegui quien afirmaba orgullosamente “todo lo humano es nuestro”, como una lucha a favor de la soberanía y de la dignidad del hombre .

Así en el poema “Tanta tierra”, de triple factura rubendariana, bretoniana y vallejana, escribe el poeta:

*Las murallas de hambre, de sed  
itantos siglos!*

*Extraños viajeros los años  
los días  
las horas*

*itanta tierra!*

*Cuánta loncha caída, arrancada:  
ilos hijos no van!*

*Amago, campanas, hojas,  
¿no ves?*

*Tanta calma, derecha, sin agua,  
itanta! itanta!...*

Separado de José María Arguedas cuando éste se hallaba luchando contra la muerte en penosas y dramáticas circunstancias, Manuel Moreno Jimeno no pudo darle el auxilio necesario que tal vez hubiera evitado el gesto fatal. Y esto en su retiro de Barquisimeto, Moreno Jimeno lo sintió como una profunda herida sólo dulcificada por la evocación de esos momentos de dicha que ambos compartieron en su adolescencia en la universidad, en las huertas de Lima y en las comunidades indias del valle del Mantaro:

“Empezábamos nuestras caminatas al salir el sol y hasta donde nos podía sostener el aliento. Caminábamos horas de horas por cerros y hondonadas, cruzando ríos y quebradas hasta llegar a una comunidad. Y allí nos confundíamos con el trabajo de los comuneros; nos mezclábamos con los indios y también participábamos de sus jolgorios, de sus comidas y de sus libaciones como si fuéramos parte de ellos”.<sup>5</sup>

Y más tarde en sus respectivas casas de Chosica y Chaclacayo escuchando juntos a Bach y a Vivaldi, cantando y bailando *huaynos*.

Así, tras el trágico suicidio del amigo, Manuel Moreno Jimeno, confiará: “De José María Arguedas nos queda la obra y para mí la imborrable presencia de su imagen generosa y fraterna en el fondo de mi lacerado corazón”.<sup>6</sup>

Por ello en el libro *La letra inmortal*, que fue publicado gracias a la generosidad del Doctor Jorge Puccinelli, quise que las voces de Arguedas y de Moreno Jimeno quedaran vinculadas para siempre a través de las cartas del narrador y del testimonio personal del poeta, para que ambos amigos escritores permanecieran unidos en la muerte como lo estuvieron en vida. Dice Manuel Moreno Jimeno:

“José María, siempre aterrado de la soledad, en el momento en que se sentía profundamente solo buscaba mi compañía, sentía que el trato fraterno conmigo era el trato de voces comunes; sintiendo ese calor de la fraternidad estaba fuera de la soledad. Así pude ser testigo de muchas de sus confesiones íntimas, de sus angustias, de sus preocupaciones, de sus temores e intranquilidades, sus desasosiegos, sus sinsabores. Pude ser testigo de los terribles insomnios que padecía desde la infancia, cuando muy niño fue arrancado de su pueblo nativo de Andahuaylas al que siempre recordaba con cariño”.<sup>7</sup>

El testimonio de vida de Moreno Jimeno sobre Arguedas es a la vez real y trascendente. Más allá del carácter intimista de la anécdota privada, destaca una secreta y honda complicidad entre los dos amigos que fueron al mismo tiempo apasionados y consecuentes luchadores sociales perseguidos y encarcelados por el gobierno del General Benavides, educadores abnegados y pertinaces en colegios y universidades, investigadores y creadores de gran sensibilidad e inmenso talento. Echa luces sobre una realidad nacional caótica y un medio cultural e intelectual que Arguedas sintió como ajeno y hostil y del que Moreno Jimeno permaneció apartado.

“Tu habrás visto, me confiaba Manuel Moreno Jimeno en la parte testimonial de *La letra inmortal*, en las cartas que lo que le dolía a José María era fundamentalmente la petulancia y vacuidad de ciertos medios intelectuales, de algunos de sus propios

---

<sup>5</sup> *La letra inmortal*, p.24

<sup>6</sup> *La letra inmortal*. p.54

<sup>7</sup> *La letra inmortal*, p.19

compañeros de generación movidos más por los celos y los resentimientos que por la sinceridad y verdaderos sentimientos de apoyo a la creación y a la cultura".<sup>8</sup>

Sí, he visto, y soy testigo privilegiado de que eso fue también lo que más le dolió a Manuel Moreno Jimeno, el poeta rebelde y humano, de depurado lenguaje y sensibilidad a flor de piel de *Así bajaron los perros* (1934) y *Los malditos* (1937) que emocionaron tanto a José María Arguedas, como se puede observar en las cartas. Pero también el poeta de *La noche ciega* (1947) *Hermoso fuego* (1954), *Delirio de los días* (1967), *Las llamas de la sangre* (1974) y *En los ojos de la luz* (1980) que van dibujando la trayectoria de un poeta comprometido con la defensa de los valores esenciales que fundan la especie humana.

Esta complicidad nos conduce a la búsqueda del Hombre esencial, a pesar de las fuerzas ocultas que lo asedian:

*Así viene el hombre  
con toda la rotura de su sangre  
y su cadalso frío.*

*Así viene el hombre.*

*Así viene el hombre  
en su huracán, en la furia de los siglos  
Sencillamente  
abierto a la caída...*

*Así llega  
el hombre.  
(La noche ciega)*

Aquella misma búsqueda que ambos escritores recogieron en su adolescencia de las enseñanzas de Mariátegui y Vallejo, que guiaron sus "primeros pasos de luchadores sociales encaminándolos hacia la defensa del hombre y del socialismo", según confía Moreno Jimeno<sup>9</sup>.

En *Los malditos* ya escribía el poeta:

*Era la luz, el sol, el hombre todavía  
aunque el ojo ensangrentado no lo viera,  
aunque la boca triturada no lo hablara.*

*¡Era el hombre todavía!*

*Abierta la cabeza y los brazos,  
abierta la garganta,  
devorada.*

*¡Era el hombre todavía!*

En *Delirio de los días*, sigue ahondando en esa misma problemática de indagación de lo humano, de búsqueda de nuestra identidad:

*Aquí.  
El hombre.*

---

<sup>8</sup> *La letra inmortal*, p. 53.

<sup>9</sup> *La letra inmortal*, p. 28

*Agitado. vibrante.  
Penetra toda la rica savia del mundo,  
En los poderes iluminados.*

*El tiempo desiste  
Su fragor tenebroso.  
La tierra se abre a fondo.*

*Los rayos rebeldes de la vida  
Desde los abismos de sangre,  
Crean la luz de los días  
Y los fuegos del corazón*

En la enconada lucha entre la Vida y la Muerte, Eros y Thanatos, que constituye una de las claves de la poesía de Manuel Moreno Jimeno, la que vence es siempre la Vida. Hasta ofrecernos el poeta en las *Llamas de la sangre* una imagen dinámica de plenitud y armonía, soporte de la utopía que se está realizando :

*En toda la tierra  
El hombre está de pie  
Y camina, camina  
Avanza con su luz invencible  
Abriéndose  
Extendiéndose  
Creándose*

En otro poema significativamente titulado "Escribimos nuestros sueños" del mismo poemario es la imagen del hombre en comunión con el universo la que nos ofrece el poeta:

*En este romper el alba  
Se levanta el hombre  
Y el universo afirma su grandeza  
Y todo da fé de su amor*

Pese a todo aquello que degrada al hombre, Moreno Jimeno, no puede resignarse a desconfiar de él. En 1954 ya encabezaba su poemario *Hermoso fuego* con la imagen de la luz redentora:

*Tu luz llega  
Irresistible  
Única*

*Levanta mi tenaz tristeza  
Cava mis oscuros silencios  
Hierre implacable mis sombras*

*Caigo vencido  
Al borde de tus triunfales resplandores*

*Tu luz penetra  
Inexorable  
Honda*

*Tras la enardecida aurora  
Despierta el día de mi corazón.*

Esta fue la preocupación constante que manifestaron tanto en su actitud vital como en su práctica artística Manuel Moreno Jimeno y José María Arguedas, cuya vida y obra ejemplares, estoy convencido, seguirán iluminando nuestro camino.

El mensaje que nos entrega Moreno Jimeno en su poesía, como el de Arguedas en su obra narrativa y antropológica, es un mensaje de resistencia frente a todo aquello que rebaja y humilla al ser humano, un mensaje de amor y esperanza en la línea de ese "amarán todos los hombres" profetizado por Vallejo en plena tormenta de la guerra civil española.

Por ello concluiré con estos versos de *En los ojos de la luz*, expresión de un irrefrenable compromiso con la defensa de los caminos de la libertad y de la condición humana:

*Resistir  
Sin bajar la lumbre  
Ni ahuyentar los ojos*

*Resistir  
Sin cegar la senda  
Ni extinguir la espera  
Ni sofocar la llama*

*Resistir  
La médula a fondo  
Sin sosegar la carne  
Ni recavar la muerte  
Ni estrellar la vida*

*Resistir resistir.*

No hay poema más ejemplar para resumir el "pulso misterioso", la vida y la obra de ambos creadores de la profundidad humana, para decirlo parafraseando a su admirado Vallejo, de la belleza intelectual y pureza espiritual.

[Cuyou-Lima, 19 de abril 2013]